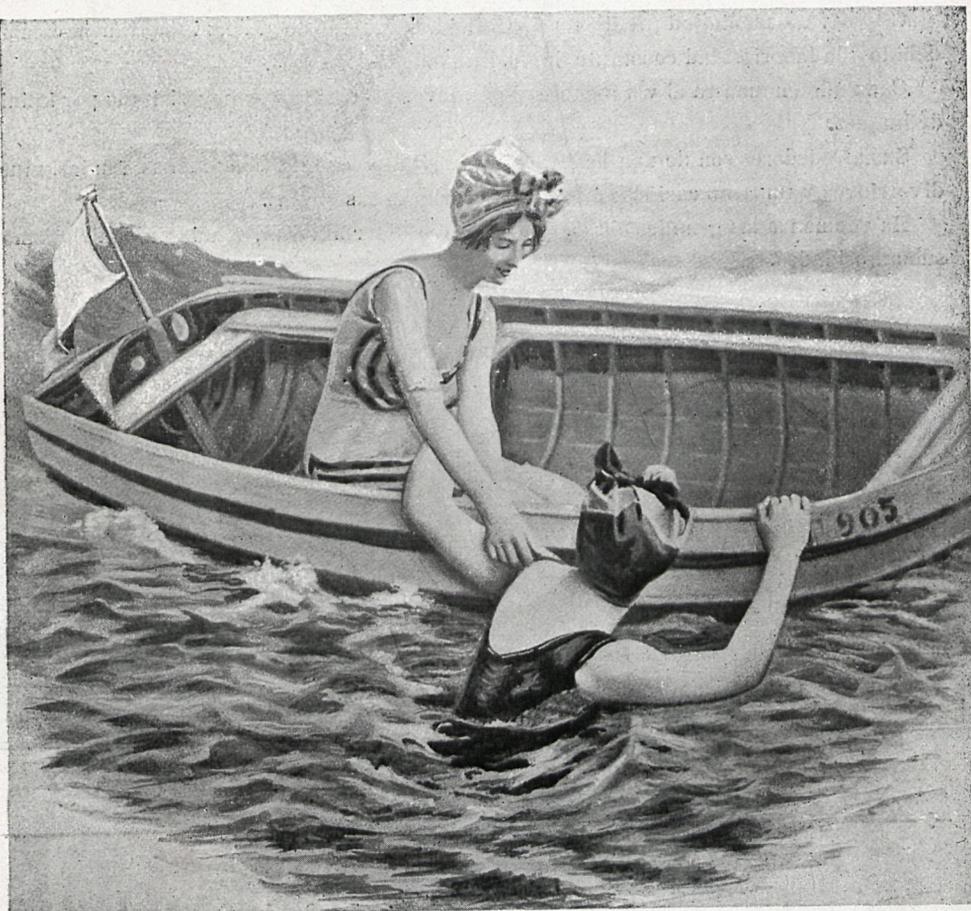
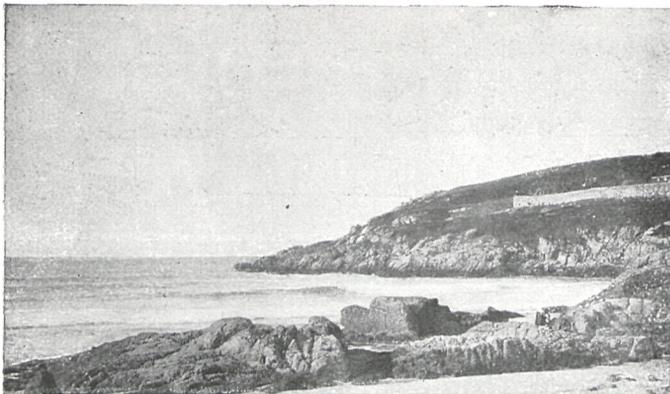


INSTANTÁNEAS



LAS ATREVIDAS



CORUÑA

Ensenada
del
Orzán
LLAMADA
LA BARBERINA

CORUÑA.—La ciudad predilecta de Galicia, ha adquirido mucha importancia comercial debido á la laboriosidad constante de sus ilustrados habitantes.

Cada año encuentra el veraneante algo nuevo, y su puerto es hoy visitado por ininidad de buques.

Sus alrededores son de una belleza que deleita, y cuenta con buenas fondas, muchas diversiones y un trato cariñoso á los que frecuentan sus playas.

Hay comenzadas grandes obras, que en breve se terminarán, gracias al patriotismo de sus autoridades.

CORUÑA

Castillo
de
San Antón
Instantáneas de
UN AMATEUR



ME PLANTO

No quiero sufrir más. Mi furia arrecio
al verme escarnecer de esta manera,
y no lo aguanto ya. ¡Pues bueno fuera!
Ni soy tan sinvergüenza ni tan necio.

Puedes poner tu corazón á precio
y dárselo barato á quien lo quiera;
que yo, por inconstante y embustera,
te dejo en libertad y te desprecio.

Siempre serás hipócrita y traidora.
A quien amor te finge, le haces caso,
mientras vendes al hombre que te adora.

Mal fin te auguro: expiador ocaso.
Te empeñaste en rodar, rueda en buen hora;
de *coqueta* á *cocotte* no hay más que un paso.

RAMÓN L. MONTENEGRO.



Instantáneas.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Director, M. SALVI

Instantánea

.... ¡Cuánta nieve!.... Mirando allá, á lo lejos, resbalaba la vista sobre un sudario blanco.... blanco, que el cielo habia extendido sobre la tierra....; la ténue luz del sol naciente reflejábese sobre la nieve, dañando con sus tonos la pupila....; frío, espanto, desolación....; allá arriba, un cielo pizarroso perdiase en los lejanos limites del horizonte....

— Dos figuras destacábanse sobre la nieve: un hombre joven, alto, moreno, de crecida barba negra y ensortijados cabellos, que llevaba al hombro una escopeta y vestia los atavíos propios del cazador;

acompañábale una mujer que, á juzgar por sus facciones, era su hermana; joven, como él morena, sus grandes ojos negros y brillantes lanzaban miradas en todas direcciones, iluminando con la fuerza del relámpago.

A unos cincuenta pasos de la pareja, veíase un grupo de aterridos pajarillos revoloteando en torno de una vieja macesta que, á falta de otra cosa, podia servirles de alojamiento. ¡Pobrecillos! ¡Hacia tanto frío!

El cazador levantó la escopeta, y apuntó.

— ¡No tires!—dijo con vehemencia su compañera.

Ya era tarde; sonó una descarga, que repercutió en los aires; los pajarillos huyeron asustados.... Uno de ellos se fué quedando atrás.... atrás.... haciéndose su vuelo cada vez más débil.... Cayó, dejando en la nieve una mancha de sangre.

La bella desconocida se inclinó hacia él.

— ¡Qué lástima!—dijo, mirándole con tristeza, y llevando las manos al pecho, descubrió su turgente seno, hundiendo en él al herido pajarillo.



Positivas y Negativas

Por el camino de la Mesta.—Lecciones de geografía.—Entre España y Africa.—La «traña».—Los que luchan por la vida.

La noche iba de vencida. Los electricistas celestes apagan en las alturas los brillantes focos voltaicos. Amanecía. En la puerta de Hornos trasnochadores y trasnochadoras apretaban contra la nariz sus pañuelos, cargados de penetrantes esencias, para no percibir los fuertes olores de campo que se entraban desenfadadamente por la gran ciudad.

Por el arroyo de la calle de Alcalá corría una oleada de vida, una oleada de carne mugidora y blanca, que sosegadamente brotó en las agrestes dehesas de Extremadura y Andalucía, para atravesar la villa y corte y volver á los rústicos apriscos de las llanuras castellanas.

Las flores de las fecundas merindades aireaban la viciada atmósfera madrileña con los sanos efluvios de romeros y de mejoranas. Los pastores trashumantes cruzaban silenciosos por los caminos de la Mesta y, zurrón á la espalda, capotillo al hombro y cayada en mano, apenas si concedían una mala mirada á los hombres afeminados y á las hembras masculinizadas por el vicio que se tapaban la nariz para no respirar el aire puro del campo. ¿Fué casualidad? ¿Fué represalia?... Lo ignoro. Sólo sé que un rústico conductor del rebaño volvió asqueando la cara al cruzar entre los gomosos y mujerzuelas. Sin decirlo, el pastorcete supo expresar con elocuencia insuperable que en la coronada villa, como en Dinamarca, hay algo que huele á podrido.

* *

El tiempo, maestro que nunca reposa en su tarea de enseñarnos, brinda diariamente lecciones de geografía, lecciones que va escribiendo con sangre, tal vez para que la letra con sangre entre.

De la existencia de los basutos, de la situación de Rhodesia y de Zululandia, del clima y condiciones de Accra, de las defensas de Tien Tsein y de otros particulares muy curiosos, relativos al Africa del Sur y á Costa de Oro, á Rusia y á Inglaterra, al Japón y al Celeste Imperio, se han informado la mayoría de los españoles por obra y gracia de la actualidad... «palpitante».

Lo triste de estas enseñanzas es que, de ordinario, cuestan más que valen.

Torrentes de sangre nos costó aprender lo que era la manigua; torrentes de sangre nos costó haber olvidado lo que era el bohío y el estero; ríos de sangre y mares de oro nos ha costado saber dónde estaban y qué eran Cavite y Santiago de Cuba.

Hagamos votos por que las lecciones de geografía que actualmente está dando al mundo Inglaterra, no nos salgan por unas Canarias ó por unas Baleares, que sería lo mismo que si nos salieran por un ojo de la cara.

* *

Un periódico dió la noticia. La prensa oficiosa acudió con grandes priesas á rectificar. Fueron telegramas á Tánger y vinieron despachos de Marrakesh, y esta es la hora en que aún no se sabe fijamente si el perro

mordió al albañil ó el albañil al perro. Supimos que los moros habían apedreado el edificio de la Legación española, y poco á poco vamos á llegar á que lo ocurrido fué que el edificio apedreó á los moros.

Huelga preguntar el origen de lo ocurrido, si es que a go ha ocurrido en Marruecos. Ciego será el que no vea que entre España y Africa hubo ayer, hay hoy y habrá siempre algo más que el Estrecho.

Abismos de rivalidades nunca extintas; odios de religión y de raza, recuerdos de muchos siglos de lucha, memoranzas de épicos combates, la cruz y la media luna, el Evangelio y el Corán separan á España de Africa más y mejor que el Estrecho.

* *

Los trabajadores del mar, los rudos *Tremontorios* galaicos que luchan bravamente con el Cantábrico fiero, han venido á Madrid trayendo, con los acres olores del mar, el eco de quejas muy justas y que, por merecer atención, sabe Dios si serán atendidas.

Los pescadores gallegos piden la desaparición de «la traña», red de finisimas mallas que no deja escapar ni al pez más pequeño y que está acabando con la riqueza de aquellas rias.

Todos los españoles á una debieran hacer suya la demanda de los pescadores del Cantábrico.

Todos estamos interesados en que no haya «trañas». Todos anhelamos que desaparezca la tupida malla que emplea el ministro de Hacienda para limpiar de ochavos nuestro bolsillo. Protestemos, si no en clase de pescadores, en clase de pescados, y pidamos al Sr. Villaverde que, en vez de «traña», use para sus pescas un simple aparejo, aunque sea ese que acaba en un anzuelo y empieza en un simple.

* *

Caja la tarde. Los pastorcillos del cielo iban encendiendo sus fogatas en los montes de las nubes. Anochece. Por la cuesta de San Vicente subía una oleada de vida; una oleada de carne curtida por los vientos y quemada por el sol.

Cuadrillas de segadores con la hoz al hombro y la copa en los labios bajando de Galicia atravesaban por Madrid en busca de mieses que segar y de trigales que abatir.

Los segadores iban en manada, por el centro de la calle, sin atreverse á entrar en las aceras, donde algunos necios y muchos holgazanes se detenían para decir:—Ahi van los gallegos, los farrucos, los animales más parecidos al hombre...

Y por Dios y por mi alma juro que admiré la mansedumbre de los segadores que, como rebaño por la Mesta de la vida, caminaban impasibles, sosegados, sin protestar, con protesta de abeja laboriosa, contra los zánganos sociales. Sin escupir todo el desprecio de un alma honrada contra los imbéciles paseantes que, impotentes para la lucha, ni aun respetar saben á los bravos luchadores...



En su pabellón se han propuesto los húngaros reunir todos los estilos.

El estilo romano va mezclado con el modernismo; su fachada es gótica; la torre es una reproducción de la iglesia de la ciudad de Koermocambanga.

En su interior han reunido los objetos arqueológicos más admirados.

M. Rela, su Comisario general, es hoy director del ferrocarril del Estado, y fué Ministro de Comercio, donde dejó gratos recuerdos por sus órdenes económicas, y en su país es muy

apreciado. M. Aladar ha reunido eficazmente los trabajos de instalación de productos húngaros, consiguiendo que el visitante admire la industria de su país.

HUNGRIA



M. Rela
COMISARIO GENERAL



M. Aladar de Navais
DELEGADO



Pabellón real de Hungría

Cada día aumenta el número de extranjeros, que con trabajo encuentran alojamiento decoroso, pues los precios de los hoteles suben de una manera asombrosa.

Días pasados, á tres amigos míos de Gibraltar les cobraron, sólo de la habitación, en Fabour de les Italians, 150 francos.

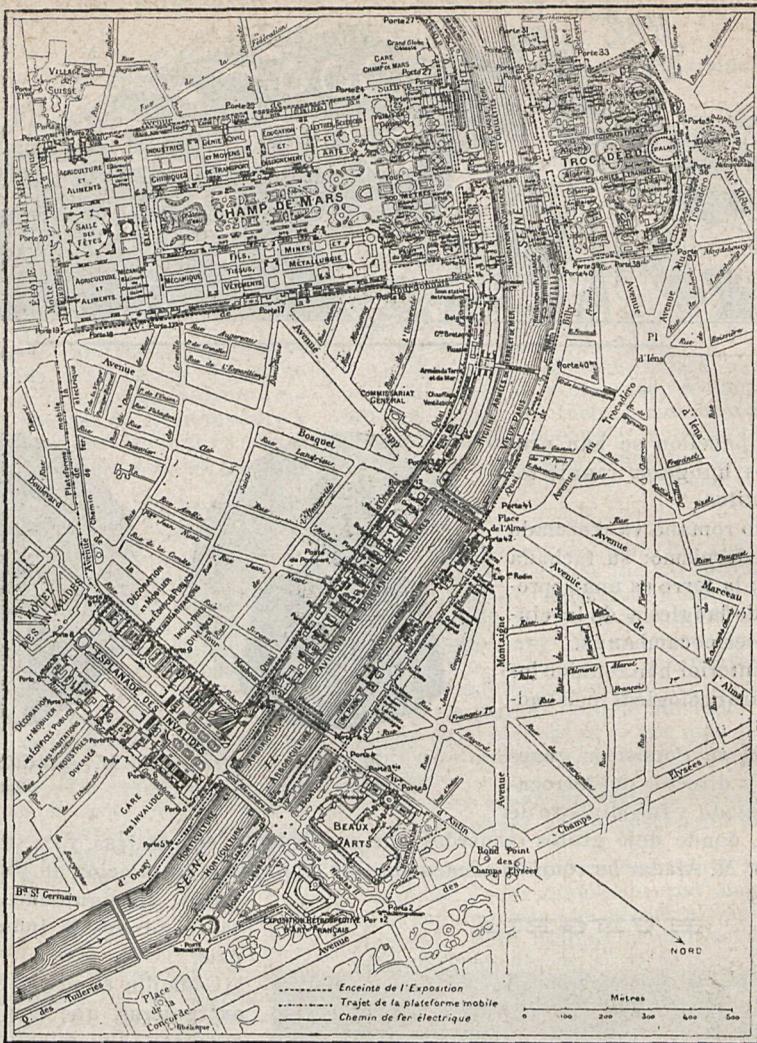
Si mis compatriotas de la clase media vienen á París, precisa que con anterioridad tengan albergue comprometido, y á día fijo.

María Guerrero y Mendoza están cosechando aplausos y dinero; la noche que se representó *La niña boba* se pagaron las butacas á 50 y 75 francos; esto me sirve de satisfacción, porque demostramos que en España hay arte.

El calor se va dejando sentir, y la huelga de cocheros ha terminado á satisfacción de éstos; la oportunidad de su petición les ha dado resultado.

R.

París, 20 Junio 1900.



PLANO DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS DE 1900

PAN Y BESOS

I

Los mendigos Juan y Elisa,
dos niños de corta edad,
á implorar la caridad
iban á casa de Luisa.

Caritativa en exceso,
con cariño les hablaba,
y al despedirles les daba
un trozo de pan y un beso.

Ciertos días no iba Juan,
pero le decía á Elisa:
—Ve á casa de doña Luisa
y luego me das mi pan.

Ella, del niño travieso
el mandato obedecía,
y de Luisa recibía
el pan de los dos y un beso.

II

Se hizo mayorcito Juan,
y todos los días iba
á ver á la compasiva
niña que les daba pan.

Un día que no fué Elisa,
como siempre acostumbraba,
á coger lo que la daba
la caritativa Luisa,

las dos raciones de pan
dió Luisa á Juan; le besó,
y al despedirse exclamó
mirando á la niña Juan,

con maliciosa sonrisa:
—La agradezco tanto bien,
pero... ¡deme usted también
el beso para la Elisa!

JOSÉ RODAO.

TEATRO ROMEA.—TEATRO MODERNO



"LIGERITÀ DE CASCOS,"

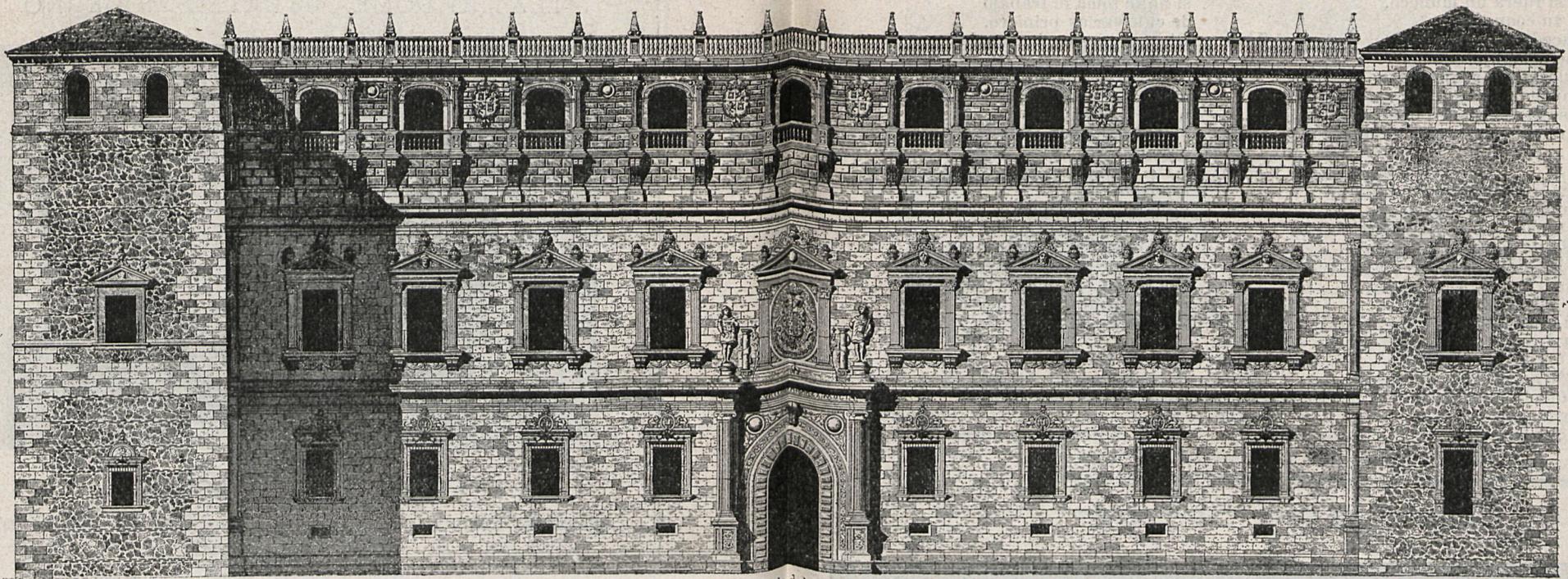
ZARZUELA ORIGINAL EN UN ACTO DE SINESIO DELGADO, MÚSICA DEL
MAESTRO TORREGROSA

ESCENA XII

MERCEDES, LUIS

- LUIS. Señora, vengo á pedirla perdón.
- MERC. Atrás, caballero.
¡Le he dicho á usted que no vuelva!
- LUIS. Y yo, sin embargo, vuelvo, porque cometí una falta muy grave, y ya no sosiego si no me impone una pena que alivie el remordimiento.
- MERC. ¿Se ha arrepentido?
- LUIS. Del todo.
Por insolente merezco que me juzguen y me ahorquen.
(*Mercedes rompe á reír á carcajadas.*)
(*Asombrado.*) ¿Se ríe usted?
- MERC. Ya lo creo.
(*Muy seria*) Señor mio, usted dispense, pero es usted un majadero.
- LUIS. Ya me lo ha dicho usted antes.
- MERC. Y tengo las pruebas de ello.
Siéntese usted. (*Indicándole una mecedora.*)
- LUIS. ¡Que me siente!
- MERC. Justo; en el sitio del reo.
Yo soy el juez. Esta causa se va á fallar al momento.
- LUIS. Prometo acatar humilde la sentencia.
- MERC. Así lo espero.
Conque... comienza la vista. (*Dirigiéndose á él con gravedad.*)
¿Y es usted el mujeriego conquistador, que en tres días ablanda el más duro pecho y caza el amor con lazo y las doncellas al vuelo?
- LUIS. Señora...
- MERC. ¡Usted es un pobre estudiante de primero de latin, que se figura que todo el monte es orégano! ¡Ni usted ha tratado mujeres ni sabe usted lo que es eso!
- LUIS. ¡Caramba!
- MERC. (*Mimosa.*) ¿Usted no ha entendido ¡infeliz! que mi desprecio era fingido?
- LUIS. (*Queriendo levantarse.*) ¿De veras?
- MERC. Sí; pero... esté usted quieto.
¿No ve usted, desventurado, que aquel arranque soberbio de sinceridad, por fuerza me atraía sin saberlo?
- LUIS. ¡Bendita seas! (*Con entusiasmo.*)
- MERC. (*Seria.*) ¡Eh! ¿Cómo?
¡Que no autorizo el tuteo!
- LUIS. Pero... este cambio...
- MERC. Usted dice que va al asunto derecho; pues yo también voy al fondo á ver si nos entendemos, ¡que en el amor y en la guerra no se debe perder tiempo!
¡Tres días para rendirme! Sobran dos días y medio si quiero yo, y una vida no basta si yo no quiero.
- LUIS. ¡Señorita! ¡Usted es un ángel!
- (*Pausa. Mercedes le mira cariñosamente, se acerca poco á poco y acaba por sentarse en uno de los brazos de la mecedora que él ocupa.*)
- MERC. ¿De veras te lo parezco?
- LUIS. (*Sofocado.*) ¡Ay santo Dios!
- MERC. (*Con mucha dulzura.*) Calma, niño.
- LUIS. Demasiada calma tengo.
Pero... ¿esto es burla?
- MERC. No es burla.
¡A mí me gustan los genios así, capaces de todo!
- LUIS. ¡Sí, de todo! (*Pretende rodearle el talle con el brazo.*)
- MERC. (*Rechazándole suavemente.*) Menos eso.

FACHADA NORTE DEL REAL ALCÁZAR DE TOLEDO (MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA)



Fachada del Norte

Arte cristiano.

Estilo renacimiento.

LUIS. Pero si es que ya estoy loco, que me abrasan los deseos de abrazar...

MERC. ¡Señor de Vega!
¡Nunca tocará este cuerpo nadie más que mi marido!
Estoy rabiando por serlo.

LUIS. ¿Lo juras?

MERC. (Con pasión). ¡Sí que lo juro!

LUIS. (Suspirando). ¡Ay, Luis!

MERC. ¿Qué?

MERC. (Con mucha zalamería). ¡Que no te [creo!...

LUIS. ¿Qué pruebas quieres?

MERC. Ninguna.
Los hombres sois embusteros y olvidáis muy fácilmente promesas y juramentos, y aquí juega el amor propio; la apuesta... (Separándose de la mecadora.)

LUIS. ¿Quién piensa en eso?
Lo que fué una tontería es un asunto muy serio.
¿El matrimonio me exigen?
¡Hasta el matrimonio llego!
¿Quieres que te dé palabra solemne de casamiento?
¿Por escrito?

MERC. ¡Por escrito!

LUIS. Aquí hay papel y tintero. (Luis se levanta.)

LUIS. Y de anticipo... un abrazo.

MERC. En cuanto firmes.

LUIS. Y un beso.

MERC. Cuando delante del cura rompamos el documento. (Luis se sienta junto al velador y se dispone á escribir.)

LUIS. (Esta mujer vale un mundo;

me ha trastornado.) (Escribe.) «Pro-
mi mano de esposo á doña...» (Rien-
doso.)
¡No sé el nombre!
(Después de vacilar.) Deja el hueco; te lo diré cuando firmes.

MERC. ¡Esto es chusco! ¡No lo entiendo!

MERC. Porque si lo sabes antes puedo tener yo el recelo de que mi hacienda y mi alcurnia han influido, y no quiero. (Por lo visto es rica y noble. ¡Miel sobre hojuelas!) Pues fecho y firmo (entregándole el papel).
¡Ahí va!

MERC. Gracias, choca.
Con este papel ya puedo, si faltas á tu palabra, poner un impedimento en cuanto intentes casarte con otra.

LUIS. ¿Yo? ¡Ni por pienso!
¡Teniendo esta alhaja! (Pretende abrazarla por segunda vez.)

MERC. (Deteniéndole.) Voy á poner mi nombre.

LUIS. (Sujetán la o.) Luego; me corre mucha más prisa lo prometido.

MERC. ¡Chist! Quieto.
Música.

LUIS. Lo ofrecido es deuda.

MERC. Claro que lo es, pero mi promesa cumpliré después.

LUIS. Es que la sangre se me abrasa, es que me late el corazón, es que no sé lo que me pasa

que nunca tuve esta emoción.

MERC. Calma, que no somos marido y mujer.

LUIS. Pronto lo seremos.

MERC. Eso está por ver. Pero si llegara tan hermoso día, cogidos del brazo saldremos así, para que nos miren, rabiando de envidia, á mí las mujeres, los hombres á ti.

LUIS. Entonces, bien mío, ¡qué feliz seré!

MERC. Calma, caballero, que aún no lo es usted.

LUIS. Será completa la dicha cuando podamos llevar una niñera delante y un ama seca detrás. Y nos pararemos paseando juntos por todo Madrid, para que nos miren, rabiando de envidia, á ti las mujeres, los hombres á mí.

MERC. Nada de ilusiones.

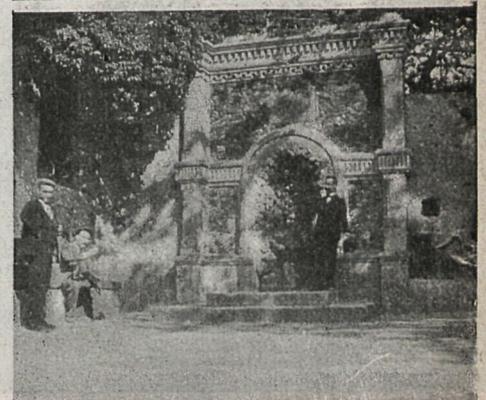
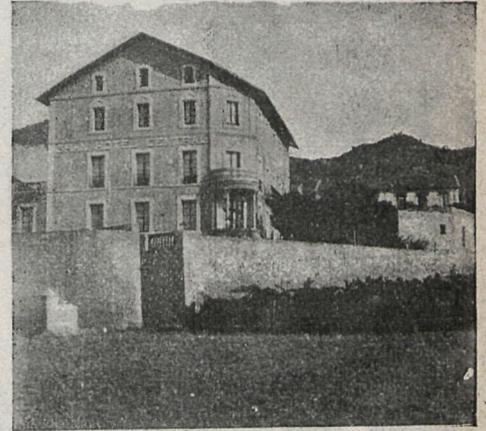
LUIS. Eso llegará.

MERC. Basta, caballero, suélteme usted ya. (Para clarearme, ¡bonita soy yo! ni digo que sí ni digo que no.)

LUIS. No seas esquiva, déjate querer.

MERC. Calma, que no somos marido y mujer.

TARRAGONA.—Espluga de Francoli.



Fon del Ferro.

Inst de Oller Domingo.